

“Trabajo final de grado en Antropología social y cultural”

El virus de la calle

La percepción social del riesgo entre las personas sin hogar de Barcelona

Mauro Sanchez Sosa

Correo: maurosanchezsosa1991@gmail.com

Curso 2020/2021

Tutor: Mikel Aramburu Otazu

Resumen:

Este trabajo pretende captar cómo se ha vivido la pandemia generada por el SARS-CoV 2 entre la población sin techo de la ciudad de Barcelona, centrándose en la percepción del riesgo del virus como eje para analizar de qué manera este colectivo escoge a qué clase de riesgos dar prioridad en su cotidianidad. La gestión que los informantes hacen del SARS-CoV 2 es problematizada por la presencia de otros riesgos derivados de sus condiciones de vida, los cuales entran en conflicto con las recomendaciones y las medidas sanitarias adoptadas por las autoridades. La construcción social del riesgo es aplicada en sus distintas variantes, desde las más deterministas a las más relativistas, con la finalidad de obtener una visión amplia de las interrelaciones que se originan entre el SARS-Cov 2 como un riesgo construido como un discurso, la gestión del riesgo que los actores realizan en base a una experiencia acumulada ligada a la pertenencia a un grupo social concreto, y por último se estudia cómo afecta la exclusión social en la distribución desigual de los recursos para hacer frente a un riesgo como el SARS-CoV 2 en la sociedad actual.

Palabras clave: riesgo, SARS-CoV 2, sinhogarismo, pandemia, salud, vulnerabilidad, percepción

Índice

Introducción:	3
Metodología:	4
Informantes:	6
Marco teórico:	7
La Fira de Barcelona	8
Población sin hogar como grupo de riesgo	10
El riesgo de los albergues	12
El riesgo de la alimentación	17
El riesgo del frío	18
La construcción social de un riesgo no tan igualitario	19
La percepción del cuerpo, la salud y la vulnerabilidad	20
A remolque de la pandemia	22
Conclusiones:	23
Bibliografía:	25
Anexo I: ETHOS	26

Introducción

La pandemia del COVID19 ha entrado de lleno en las vidas de todas las personas, no se trata de un brote de ébola en el África Subsahariana o una epidemia de Dengue en América Latina, enfermedades localizadas en sitios distantes que la fortaleza de los sistemas de prevención y salud occidentales mantenían al margen.. El virus se ha constituido aparentemente como una amenaza democrática que puede alcanzar a los ricos y a los pobres por igual, pero esto no es cierto en absoluto. Por más que la amenaza sea una realidad para todos y que contenga en parte un efecto *igualador* como lo llama Ulrich Beck, los medios para evitar ser infectados no lo son, los recursos que cada persona es capaz de movilizar para protegerse de dicha amenaza son los que configuran la vulnerabilidad de cada persona (Beck, 1998: 41). Aquellas disciplinas que estudian el riesgo y la reducción del mismo ligado a los desastres naturales (cuyo préstamo me parece adiente), distinguen estos dos factores: por un lado sitúan las amenazas como un factor de riesgo externo; por el otro la vulnerabilidad como un factor de riesgo interno. De la coyuntura de ambos se puede determinar el grado de riesgo *real* al que una persona o una población determinada está expuesta (Cardona; Darío, 2001). Si bien desde esta perspectiva el factor de riesgo externo o la amenaza se presenta como algo real, objetivo, que existe más allá de las personas, nos permite comprender un aspecto crucial sobre la mediación y percepción de un riesgo: la vulnerabilidad, la cual, además de sustentarse sobre una base material concreta, es vivida y definida en base a experiencias personales y compartidas.

Metodología

La metodología aplicada a este trabajo consistió en un trabajo de campo de 3 meses de duración en la ciudad de Barcelona, sobre todo en la zona de Plaza España y el Paral·lel, donde se ubican muchos de los recursos sociales a los que acuden las personas en situación de calle. En esta zona se realizaron 10 entrevistas semiestructuradas a personas en situación de calle, utilicé este formato porque permite que ante una temática como la percepción del riesgo y el impacto de la pandemia del COVID-19 tengan espacio para incluir otros riesgos percibidos, así como construir narrativas sobre el cuerpo y su vulnerabilidad. También se llevaron a cabo 10 conversaciones informales con gente en situación de calle o que alternan dicha situación con estadas en albergues municipales. Dos de las entrevistas acabaron involucrando a más personas que se fueron añadiendo, por lo que acabaron siendo conversaciones grupales, lo cual me sirvió para presenciar cómo se refuerzan determinados discursos, se generan contradicciones y se debate sobre temáticas concretas. Asistí a dos

recuentos nocturnos que organizaban la XAPSELL y la Fundació Arrels en la ciudad de Barcelona en calidad de voluntario, realizando formaciones previas en las que pude apreciar la visión que se tiene desde estas asociaciones sobre el fenómeno del sinhogarismo. Se realizó una entrevista con el responsable del Gimnàs Social Sant Pau, el cual ha atendido a las personas sin hogar durante la pandemia. Asistí a un encuentro con el responsable de comunicación de la Fundació Arrels en el que se trataron cuestiones relativas a los efectos de la pandemia. Y por último se entrevistó a uno de los portavoces del Sindicat Sense Llar de Barcelona, organización de muy reciente formación.

En la investigación se incluyen diversos recursos virtuales, entre ellos artículos periodísticos, relatos de personas sin hogar que difunden distintas asociaciones e informaciones publicadas en la web del Ayuntamiento de Barcelona respecto a los dispositivos y las estrategias desplegadas durante la pandemia para asistir a este colectivo. Además de la bibliografía estrictamente académica se ha recurrido a diversos estudios elaborados por organizaciones locales, nacionales e internacionales que estudian el fenómeno del sinhogarismo con la finalidad de extraer datos sobre la incidencia de este fenómeno y su evolución.

Las personas en situación de calle, o personas sin techo según la clasificación ETHOS¹, pese a estar en el espacio público la mayoría del tiempo pueden resultar huidizas, escurridizas e ilocalizables si se lo proponen. El constante movimiento al que se ven obligadas dificulta el seguimiento de muchas de ellas, por este motivo pocas personas fueron entrevistadas en ocasiones diferentes. Otro factor a tener en cuenta es que si no se sale a primera hora de la mañana, alrededor de las 6:00 AM, uno se encuentra cartones, bolsas y mantas apiladas en un rincón, ya que la persona se ha movido, probablemente ha ido a hacer cola para ir al lavabo, a la ducha o a buscar el desayuno. Mientras que los recuentos nocturnos se realizan a partir de las 12:00 AM, hora en la cual la gran mayoría ya están durmiendo, durante mi trabajo de campo el toque de queda estaba vigente (10:00 PM - 06:00 AM), por lo que mi mejor opción de encontrar a las personas en el sitio donde duermen era a las 6:00 AM. Otro de los motivos que favorecen realizar el trabajo de campo a primeras horas es que muchos de los entrevistados son alcohólicos y a medida que el día avanzaba era más difícil mantener una conversación estructurada y centrada en los temas que yo pretendía tratar, debido a que la embriaguez iba en aumento. Durante las primeras entradas al campo resultó complicado establecer un rapport con los informantes, esto se debió a que mantuve una posición

¹ *European Typology on Homelessness and Housing Exclusion* (Consultar Anexo I) <https://www.feantsa.org/en/toolkit/2005/04/01/ethos-typology-on-homelessness-and-housing-exclusion>

inconscientemente dominante al permanecer de pie mientras ellos estaban sentados o tumbados, al corregir esto y situarme al mismo nivel que ellos se pudo establecer un rapport fluido y satisfactorio. La gran mayoría de los entrevistados no utilizaban la mascarilla y se acercaban demasiado para hablar conmigo, teniendo en cuenta que atravesamos una situación de pandemia en la cual es obligatorio el uso de mascarilla y el mantenimiento de la distancia de seguridad experimenté cierto dilema al pedirles que cumplieran dichas medidas por temor a que afectara la comunicación y la fluidez de la misma. Sólomente tres de las diez entrevistas realizadas a personas en situación de calle fue grabada, ya que en las siete restantes los informantes se mostraron reacios al registro de voz, por lo que fueron registradas a mano, con la consecuente pérdida de expresiones verbales y una menor atención a las gesticulaciones y al lenguaje corporal al estar escribiendo sus respuestas en la libreta.

Informantes

A excepción del encargado del área de comunicación de la Fundación Arrels y del responsable del Gimnàs Social Sant Pau todos los informantes son personas que se encuentran en situación de sinhogarismo. Todas las personas con las que se realizaron entrevistas y conversaciones son hombres excepto por una sola mujer que era la pareja de uno de los entrevistados. Aunque las personas que se encuentran en situación de calle son mayoritariamente hombres, las mujeres también se encuentran en situación de sinhogarismo, la diferencia reside en que ellas suelen ser capaces de movilizar mayores recursos sociales para evitar quedar en la calle, ya sea acudir a la red familiar, de amistades o vecindad, tristemente es frecuente que algunas mujeres acepten intercambiar servicios sexuales a cambio de un sitio donde dormir ya que la calle es un sitio en el que ellas son aún más vulnerables a sufrir agresiones, incluidas las de tipo sexual.

De las diez personas entrevistadas la mitad eran de nacionalidad española, dos eran comunitarios y tres extracomunitarios. De las personas con las que se mantuvieron conversaciones informales tres eran de nacionalidad española, tres eran comunitarios y cuatro eran extracomunitarios. Esta muestra no se corresponde con la situación actual del sinhogarismo en la ciudad de Barcelona, donde cada vez hay mayor presencia de trabajadores migrantes extracomunitarios sin documentación en regla, los cuales se encuentran en situación de calle, más o menos transitoria, hasta que consiguen regularizarse o encontrar trabajo. Pese a ello he querido seleccionar una muestra representativa de aquellas personas que viven una situación de sinhogarismo de larga duración (más de tres años) para

poder centrarme en las vivencias, estilos de vida, conceptualizaciones y discursos que se elaboran mediante la experiencia a través del tiempo, así como incluir testimonios que puedan contraponer la situación previa a la pandemia con la actual. La importancia de trabajar con personas en una situación cronificada es significativa partiendo de la distinción que la concepción weberiana de la estratificación social realiza entre la pobreza material, la cual puede formar parte de la trayectoria vital de una multitud de personas, y la pertenencia a un grupo de status, es decir, la incorporación de un estilo de vida particular en base a una posición social (Cabrera, 1998: 103).

Soy consciente de que esta muestra descuida colectivos que merecen atención como son las mujeres, los migrantes recién llegados o los menores no acompañados que se quedan en situación de calle al cumplir la mayoría de edad. Pero tanto por la extensión del trabajo como por las hipótesis planteadas, estos grupos requieren de investigaciones específicas y acotadas a cada caso.

Marco teórico

El riesgo ha sido asociado tradicionalmente a los desastres naturales, a aquellos eventos imposibles de controlar como las epidemias, las inundaciones, los terremotos, etc, en los cuales el ser humano no desempeñaba ningún tipo de acción así como no se le atribuía ningún tipo de responsabilidad o culpa. A partir del siglo XVIII el desarrollo de las estadísticas y probabilidades ligadas a los comienzos de la era industrial permitieron ejercer determinado control sobre los sucesos, por lo que el riesgo ve transformado su carácter de inevitabilidad, deviniendo un campo donde, mediante el cálculo y la razón, se podían prevenir y evitar los efectos asociados a un riesgo (Lupton, D. 1999). Esta transformación en el campo del riesgo corre paralela al desplazamiento de la Divina Providencia cristiana como marco explicativo de los desastres. Significativa es la frase de Rousseau refiriéndose al terremoto de Lisboa de 1755, sobre el cual Voltaire había escrito un poema, y al que le responde alegando que “los desastres no son naturales” (García Acosta, V. 2005). El ser humano extiende su voluntad de anticipar, amortiguar y prevenir las calamidades mediante la razón, de este modo, entrando en el siglo XIX el riesgo ha desplazado al infortunio y al destino, ha sido reinventado como un hecho susceptible de ser previsto, evitado y controlado (Lupton, D. 1991). Esta capacidad de anticipar un riesgo y actuar conforme a ello capacita a las personas para aceptar, tolerar, rechazar, alternar o gestionar los riesgos según una serie de condicionamientos sociales y culturales.

Al introducir en los acontecimientos catalogados como desastres naturales la responsabilidad social del hombre estos devienen desastres socio-naturales. A partir de esta inflexión surgen los estudios que conceptualizan el riesgo como una construcción social, el cual Virginia García Acosta bifurca en dos aspectos diferenciados, el primero es la construcción social del riesgo ligado a la percepción social del mismo, perspectiva culturalista desarrollada por Mary Douglas, y el segundo es la construcción social del riesgo en relación con la vulnerabilidad, la cual se acerca a los planteamientos de Ulrich Beck y Anthony Giddens sobre la distribución desigual de los riesgos dentro de una misma sociedad (García Acosta, V. 2005). A su vez, Deborah Lupton reconoce estas dos perspectivas sobre la construcción social del riesgo y añade una tercera de tipo postestructuralista, la cual identifica, a través del concepto foucaultiano de gubernamentalidad, la construcción social del riesgo gracias a unos discursos, estrategias, instituciones y prácticas que lo constituyen como un riesgo (Lupton, D. 1991). Esta última perspectiva se diferencia de las anteriores al poner en duda la naturaleza objetiva de los riesgos, ya que los interpreta bajo una mirada relativista en la cual el construccionismo social de los riesgos alcanza su mayor expresión.

Ulrich Beck ha descrito a la sociedad de la modernidad tardía como la Sociedad del Riesgo, las características de esta sociedad son las propias de la modernización, un mundo globalizado e interconectado en el que las amenazas son de carácter global, también cobra importancia la noción de individualización, tanto de las responsabilidades como de las culpas, haciendo de cada individuo el lugar donde los riesgos globales pueden quedar ocultos por riesgos particulares y localizados, así como amortiguados, asimilados y transformados en fracaso personal. Para este autor y otros que han seguido el mismo planteamiento (Lupton, 1999) el riesgo posee un carácter histórico, lo que indica que es el resultado de relaciones de poder y dependencia entre distintos actores, de esta manera un mismo riesgo es vivido y mediado de forma desigual sobre una base material diferenciada. “La historia del reparto de los riesgos muestra que éstos siguen, al igual que las riquezas, el esquema de clases, pero al revés: las riquezas se acumulan arriba, los riesgos abajo” (Beck, 1998: 41). Esta distribución desigual de los riesgos, entendidos como una amenaza real externa, al ser mediados por el bagaje personal y por las experiencias que los individuos acumulan respecto al cuerpo y al sufrimiento da como resultado una percepción del riesgo que, en el caso de las personas sin hogar, sitúa al dolor como principio regulador, un dolor que en su experimentación se compone de interrelaciones entre lo social, lo biológico, lo psicológico y lo cultural (Otegui, 2000: 229).

La Fira de Barcelona

En la ciudad de Barcelona, como en todas las grandes ciudades del mundo desarrollado, el fenómeno del sinhogarismo es bastante extenso. Este fenómeno, engloba diferentes situaciones de exclusión habitacional, que la ONG FEANTSA² ha clasificado en cuatro grupos, creando la tipología ETHOS: 1) Sin techo; 2) Sin vivienda; 3) Vivienda insegura; 4) Vivienda inadecuada. Entre estos cuatro grupos, según la diagnosis hecha por la XAPSL³ del año 2021, suman la cantidad de 3.941 personas en la ciudad de Barcelona, aunque esta cifra es menor que la real debido a la dificultad de contabilizar con precisión a la población que vive en viviendas masificadas o bajo amenaza de desahucio. Según esta misma fuente, 3.046 de estas personas no tienen vivienda y recurren a albergues u otros equipamientos temporales, a su vez que 895 dormían en el espacio público.

Si tenemos en cuenta que el Estado de Alarma a raíz de la pandemia de COVID-19 comenzó el 14 de marzo del 2020, así como el confinamiento domiciliario, en Barcelona más de 1.200⁴ personas no disponían de un sitio en el que pasar el confinamiento y por consiguiente, protegerse de la enfermedad. Las administraciones no pasaron este hecho por alto y decidieron movilizar recursos para ofrecer a la gente en situación de calle recursos habitacionales. El Ayuntamiento de Barcelona, a partir del 25 de marzo, pone en marcha equipamientos de emergencia, entre ellos, un recinto con 225 plazas iniciales en la Fira de Barcelona, estas plazas se ampliarán con la obertura el 2 de abril de un dispositivo idéntico situado en el mismo pabellón, llegando a la cifra de 450 plazas. Otros cinco dispositivos se abrieron a partir de la emergencia sanitaria destinados a grupos específicos (mujeres, familias, personas con drogodependencias y personas de edad avanzada).

Según los balances hechos por el Ayuntamiento sobre el funcionamiento de los distintos dispositivos se atendieron un total de 1.522 personas, de estas un 45% no dormía en la calle, sino que provenían de otro tipo de situación habitacional como viviendas inseguras o inadecuadas. El 21% no estaban en Barcelona antes de ingresar en los dispositivos, es decir que venían de otros municipios y provincias. Un 31% se encontraban en una situación administrativa irregular. A su vez se contabilizaron un total de 982 personas que seguían durmiendo al raso en la ciudad⁵.

² *European Federation of National Organisations Working with the Homeless*

³ *Xarxa d'Atenció a Persones Sense Llar*

⁴ Esta cifra de 1.239 personas durmiendo al raso es de un recuento realizado por la Fundació Arrels en mayo del 2020. <https://www.arrelsfundacio.org/es/recuento2020/>

⁵ <https://ajuntament.barcelona.cat/premsa/2020/11/19/barcelona-acollira-persones-sense-llar-o-en-situacio-demergencia-en-tres-hotels-i-residencies-de-la-ciutat/>

De este balance se pueden extraer algunos resultados. El primero de ellos es que la situación de pandemia ha acabado de deteriorar la situación de precariedad habitacional de muchas personas, las cuales ya habitaban viviendas inseguras o inadecuadas. El segundo de ellos es que la ciudad de Barcelona ejerce una fuerza centrípeta sobre la población sin hogar, esto se debe no sólo a la cantidad de recursos que ostenta la ciudad sino también a que en el resto del territorio no se llevan a cabo políticas para asistir a estas personas, siendo común que en muchos municipios se pague a las personas en esta situación un billete de transporte para que lleguen a Barcelona u otras grandes ciudades, una forma contemporánea del destierro antiguo que los sitúa en un limbo geopolítico (Cabrera, 1998: 109). El tercero de estos resultados es que la población migrante en situación irregular padece con mayor fuerza la precariedad habitacional que otros colectivos. Y por último, podemos comprobar que la cantidad de personas durmiendo al raso en la ciudad de Barcelona pese a haber reducido respecto a cifras anteriores no lo ha hecho significativamente⁶.

En este batiburrillo de cifras, porcentajes y categorías se asoma la duda por no obtener una definición real de este fenómeno, el cual no es susceptible a reduccionismos ni generalizaciones debido a la particularidad de cada experiencia. Ulrich Beck define el desempleo en la modernidad tardía como un fenómeno contradictorio, es masivo debido a la degradación de las condiciones laborales pero a la vez es personal debido a que la culpa es interiorizada por la individualización característica de la sociedad del riesgo (Beck, 1998: 120). El sinhogarismo contiene esta misma contradicción, no hay nada característico entre la gente que duerme en la calle salvo esto último, cada persona construye una narrativa única que explica las causas de tal situación, las cuales difícilmente hacen referencia a la pertenencia a una clase social desfavorecida o a un mercado laboral de difícil acceso (salvo para los migrantes que buscan activamente un empleo mientras regularizan su situación), si no que más bien se remontan a malas decisiones, relaciones sentimentales negativas con familiares y o parejas, adicciones o defectos personales que los incapacitan para llevar una vida corriente (Declerck, 2006). Es tan grande la variedad de historias de vida que pasan o acaban en la calle que los recuentos poco pueden descubrir sobre la naturaleza de dicho fenómeno, por esta misma razón el aumento de camas disponibles en un macroalbergue

⁶ En todos los recuentos hechos para obtener una radiografía de la situación del sinhogarismo, las cifras que se obtienen nunca llegan a ser precisas, a excepción de aquellas proporcionadas por los centros habitacionales como albergues u otros dispositivos. Aunque sí que es cierto que cada vez se utilizan mejores métodos de recuento que reducen el margen de error, son muchas las personas que duermen en sitios inaccesibles como pueden ser las montañas de Montjuïc o de Collserola, o que dentro de la misma ciudad se esconden en coches, polígonos o sitios en obras, entre otros, para resguardarse de miradas ajenas y de posibles agresiones.

como el de Fira de Barcelona no comporta la reducción del número de personas durmiendo al raso, siquiera en tiempos de pandemia.

Población sin hogar como grupo de riesgo

Ante la irrupción de la pandemia de COVID-19 y de las medidas de confinamiento general la gente sin techo resultó visible, al bajar la marea de la ciudad quedaron al descubierto cientos de personas sin sitio donde realizar la cuarentena. Las instituciones desplegaron dispositivos en los que la población más vulnerable pudiese confinarse, a modo de preventorios. En un principio puede resultar desconcertante que se busque refugio para personas sin techo con tanta celeridad al vivir ellos en un estado de urgencia constante, pero bajo una óptica higienista no resulta nada extraño, ya que en el siglo XVII se comienza a recluir a los mendigos en distintas ciudades europeas con una finalidad de carácter higiénico (Cabrera, 1998: 34). Esta aceleración de la ayuda a las personas sin hogar en un contexto de crisis sanitaria se puede enmarcar dentro del ámbito de la biolegitimidad descrita por Didier Fassin como: “[...] un reconocimiento más grande sobre la integridad del cuerpo que sobre la de la persona, o para decirlo de otra forma, el reconocimiento de la persona pasa antes por el reconocimiento del cuerpo alterado o sufriente” (Fassin, 2005: 302). De acuerdo con esta particularidad de las biotecnologías lo que regirá la actuación de las administraciones será lo viviente, entendido como el daño y la peligrosidad al que son expuestos los cuerpos biológicos, relegando a un segundo plano los aspectos sociales de la vida, así como los daños y el sufrimiento en las trayectorias vitales de las personas. De esta manera las personas sin techo se convierten en un objetivo de la administración, no tanto por su situación de exclusión social y pobreza material, sino porque sus cuerpos se encuentran en riesgo. La diferencia fundamental que rige un trato desproporcionado es que, desde un enfoque individualístico de las causas del sinhogarismo, las personas sin hogar son “culpables” de la situación en la que viven (Cabrera, 1998: 154), sin embargo pueden enfermar a través de la misma “inocencia” que el resto. Al ser catalogados como un grupo especialmente vulnerable se autoriza la intervención y el control con el fin de minimizar dicho riesgo. Mary Douglas señala que los riesgos son sobrestimados si estos son infrecuentes, como es el caso de la pandemia, y que son subestimados si son comunes (Douglas, 1996: 46), esto nos ayuda a comprender que se desarrolle una mayor preocupación por las personas sin hogar al verlos sometidos a un riesgo novedoso que a un riesgo constante y normalizado como es dormir al raso. Otra característica que apuntala la voluntad de dar a las personas que duermen en la calle un sitio donde confinarse es que un riesgo de orden natural o involuntario es menos tolerable que un riesgo de orden voluntario (Douglas, 1996: 48), y esto no significa que la gente sin techo escoja vivir en la calle, sino que se los considera responsables de la situación

que viven. Esta óptica que centra la causalidad del sinhogarismo en razones individuales y no estructurales, en el ámbito de la intervención social se asocia con un “enfoque de marginalidad” y en el ámbito de la economía se corresponde con las corrientes liberales (Cabrera, 1998: 94). De esta manera se ubica a la pobreza dentro de un sistema moral a la vez que económico, en el que lo material es el reflejo de las transgresiones del orden social.

Si bien el recinto de la Fira de Barcelona nunca se tornó un sitio de reclusión forzoso, ya que las personas decidían voluntariamente ingresar en él o marcharse, dentro del recinto el funcionamiento era bastante rígido y estaba sujeto a unas normas de obligado cumplimiento. El recinto estaba dividido en tres módulos, cada uno de estos módulos se componía de 75 plazas, que a su vez se dividía en tres grupos de 25 plazas. Las personas que padecían una adicción no eran admitidas dentro, y una vez que marchaban no podían volver. Tampoco se podía ingresar con bultos ni animales de compañía, así como estaba prohibido el consumo de alcohol u otras drogas. Se realizaban controles de temperatura, pero también de metales, lo cual indicaba que los problemas, la tensión y el ambiente conflictivo eran algo constante, como demuestra que se hayan expulsado a bastantes usuarios, hacia el 28 de mayo del 2020, según informaba el Ayuntamiento, se habían producido 84 expulsiones y 344 salidas voluntarias.

El riesgo de los albergues

El macroalbergue no era capaz de dar a las personas la tranquilidad ni la intimidad que buscaban, siendo la calle un lugar más placentero que el mismo recinto para muchas de las personas sin techo de larga duración. La necesidad de organizar la asistencia en lugares más pequeños, con habitaciones individuales y con una menor exigencia de ingreso han sido condiciones repetidas tanto por Arrels como por el portavoz del Sindicat Sense Llar de Barcelona, pero al parecer este tipo de alojamientos sólo fueron habilitados para familias que habían sido desahuciadas o habían perdido su vivienda por otros motivos.

Entre las personas que se han entrevistado únicamente dos habían acudido al dispositivo de emergencia de la Fira de Barcelona. Uno de ellos estuvo una semana y luego se marchó a la calle, uno de los principales motivos que lo llevó a abandonar el recinto fue la inseguridad, ya que le robaron tres veces el tiempo que estuvo allí y añadió: “en la calle se está más seguro, a veces te roban pero no tanto” (Basilio, 42 años, 12 años en la calle). Esta decisión responde a una valoración racional, basada en la aceptabilidad de un riesgo según la probabilidad de que ocurra, es decir, en la calle uno puede ser víctima de un robo, pero con menor frecuencia que en dicho centro. La segunda persona que manifestó haber estado en el

recinto lo abandonó al cabo de tres días alegando que lo controlaban mucho, que no tenía libertad para salir y que al volver de la salida programada lo obligaban a ducharse aunque él no quisiera (Pedro, 52 años, 30 años en situación de sinhogarismo intermitente).

Las personas que llevan mucho tiempo en la calle manifiestan tener un gran conocimiento de los recursos que existen en la ciudad y de las dinámicas en torno a los mismos, esto provoca que ni tan solo acudan a los dispositivos, aparentemente excepcionales, como el de Fira de Barcelona, a causa de experiencias negativas acumuladas. La mayoría de los entrevistados y consultados sí que sabían de la existencia del dispositivo de emergencia pero en ningún momento pensaron en acudir: “No se trata de que te den un lugar donde estar, si nó de que te quieran decir cómo vivir, te quieren controlar los tiempos y los ritmos de vida”; “el problema es que no entienden ni respetan nuestras costumbres de la calle” (Gregorio, 49 años, 8 años en la calle). En este último caso se manifiesta cierto escepticismo ante este tipo de organización de la asistencia basado en las experiencias previas acumuladas y en las compartidas en el seno de un grupo social concreto. Otro de los entrevistados, al preguntarle por su negativa a acudir al recinto respondió “yo ya he hecho la mili” (Jesús, 60 años, 14 años en la calle), lo cual indicaba que prefería seguir en la calle antes que acudir a un centro en el que los horarios que marcan el ritmo de vida sean inflexibles. No fue el único que destacó el carácter marcial que tenía el recinto, no sólo porque fue montado por la Unidad Militar de Emergencia (UME) y unidades del Ejército de tierra (ET) , lo que le confería un aspecto militar, sino por la alta presencia de policías y otras fuerzas de seguridad. El encargado del Gimnàs social Sant Pau⁷ explica que las personas no acuden a estos centros debido a que están en un régimen carcelario, en el cual no pueden acudir con mascotas ni con todos los bultos que suelen tener (mantas, sacos de dormir, cartones o colchones).

Este tipo de rechazo hacia el control que se ejerce en muchos centros, la masificación de los mismos y la falta de tranquilidad fueron aspectos que tanto en las entrevistas como en las conversaciones se repetían con mucha frecuencia, como bien señala el portavoz del Sindicat Sense Llar de Barcelona:

“Yo en lo personal no quise entrar porque..., una cosa muy dura de la calle es que en la calle uno ya está obligado a convivir con personas que realmente no quisieras ni conocer en tu vida, ¿no? [...] Porque todo el mundo tiene sus costumbres, su cultura, todo el

⁷El Gimnàs social Sant Pau es una cooperativa sin ánimo de lucro situada en la Ronda de Sant Pau de Barcelona. Este proyecto social surge en el año 2012 cuando los trabajadores de la empresa que entró en quiebra económica deciden recuperar el gimnasio y orientarlo hacia la satisfacción de las necesidades de las personas más vulnerables de la ciudad.

mundo es de diferentes países y no es que uno se lleve bien con todo el mundo. Hay personas que uno no comparte su mentalidad, sus ideologías, sus políticas, su filosofía. Entonces en la calle, en estos albergues, tienes que conocer mucha gente que no, y a veces es mejor estar solo que mal acompañado. Más en la calle, porque cuando uno está en la calle hay personas mismas de la calle que como están en la calle no tienen nada que perder, te conllevan a cometer delitos a hacer cosas que realmente no...viste. Te empeoran tu situación en vez de mejorártela ¿no?” (Yohan, 40 años)

El hecho de que muchas de las personas que duermen en la calle sean consumidores de alcohol dificulta que puedan asistir a estos albergues y recintos, ya que la capacidad para conservar una plaza (en el caso de los albergues municipales) va ligada a unos horarios concretos (entrada de salida y de llegada), a una asistencia regular (se permite ausentarse una noche al mes) y al cumplimiento de normas como la prohibición de consumir alcohol dentro o de llegar al albergue borracho, lo cual a veces provoca que el encargado de seguridad no permita el acceso. Cuando Rogelio (38 años, 6 años en España y en la calle) quedó fuera de un albergue por no cumplir con las exigencias del mismo compró una tienda de campaña por veinte euros y se fue a dormir a Montjuic, lo más oculto posible para lidiar con el riesgo que supone ser agredido o robado durante la noche, para evitar mojarse por la lluvia o enfermarse debido al frío, para mantener alejadas a las cucarachas y los mosquitos de la ciudad así como a las chinches y las pulgas de los parques.

Durante algunas conversaciones y entrevistas las personas manifestaban o ponían en duda la salubridad de algunos albergues, sobretodo aquellos en los que no hay compartimentos individuales, dos de ellos recordaban que en un albergue de la ciudad se había detectado sarna, mientras que otro manifestaba cierta aversión por tener que dormir “con otro tío pegado a la cara respirando todo lo que le sale” (Pedro, 52 años, 30 años en situación de calle intermitente). Respecto al caso de sarna es interesante cómo este hecho no ocurrió en la ciudad de Barcelona, sino en un albergue de Madrid, pero la información, o más bien el rumor, se extiende entre las personas que asisten a los servicios asistenciales de la ciudad, configurando un riesgo y unas decisiones destinadas a evitar ese riesgo, el cual es exclusivamente social. Como bien manifiesta Mary Douglas: “ la interacción social codifica gran parte de los riesgos” (Douglas, 1996: 106)

Desde Arrels explican la baja afluencia de gente con una situación larga de calle hacia los recintos de emergencia desplegados por la pandemia por un par de motivos. El primero de estos consiste en que a las personas que duermen en la calle les cuesta encontrar aquellos

materiales necesarios para dormir como pueden ser los cartones, las mantas o los colchones, y una vez que salen de estos centros, los cuales les otorgan una plaza por unos cuantos días o semanas, se encuentran otra vez en la calle y deben volver a conseguirlos, algo que puede tardar bastante tiempo. El segundo motivo que dan desde Arrels es que muchas personas encuentran un sitio, un “raconet”, donde se pueden refugiar del viento o de la lluvia, y desde estos sitios se crean vínculos con la vecindad y con los comercios de la zona, los cuales les llevan ropa o algo de comida. Si entran en un centro temporal pierden estos “raconets” que tal vez han tardado meses en conseguir.

Aquellas personas entrevistadas que rechazan acudir a los albergues despliegan un discurso sobre uno mismo propio de la individualización característica de la sociedad del riesgo que define Ulrich Beck. Este proceso de individualización es el resultado de la desintegración de las certezas colectivas y de la necesidad individual de crear sus propias certezas. Rehúsan ser el arquetipo del *buen pobre*⁸, o en palabras de un entrevistado: “portarse bien”, reivindicando la libertad de marcar sus propios horarios, el no ser tutelados ni exhortados a realizar actividades que no quieren hacer, poder omitir las constantes recomendaciones para que abandonen hábitos nocivos como es el consumo de alcohol; reconocen la autoría y la responsabilidad de la situación que viven, son consecuentes con un modo de vida que, pese a todos los riesgos que implica, es fruto de las preferencias individuales. Esta rebeldía patética encuentra en el menosprecio de su propio cuerpo una revancha a las estructuras sociales que los empujan a los márgenes: “...me cago en ellos (los albergues), me cago en ellos y en todos los que quieren ayudarme... no quiero nada de nadie” (Andrés, 55 años, desde su mayoría de edad viviendo entre la cárcel y la calle). Andrés manifiesta su rechazo a las instituciones asistenciales pero aún así acude religiosamente al centro de día del Poble Sec, a ducharse y a cuidar las plantas de la azotea, al hacerle notar esta contradicción relata que fueron las comisarías y las prisiones las que le hicieron sufrir, que él nunca quiso ni le gustó trabajar, el gran problema de su vida, y que las trabajadoras sociales le insisten en dejar la bebida, en cambiarlo, y que a fin de cuentas la asistencia es un mercado y que ellos son la carne, que no importan realmente.

Acudir o no acudir a un macroalbergue para confinarse y resguardarse del COVID-19 son dos variables del manejo del riesgo, pero los riesgos que se pretenden evitar acudiendo al

⁸ El *buen pobre* es aquel que encarna todos los valores de la reinserción y de la meritocracia, el que se esfuerza tenazmente por superar la pobreza material y salir de la marginalidad mediante el trabajo honrado, este tipo de sujeto aparece a raíz de lo que Cabrera define como “neofilantropía”, la cual consiste en prestar servicios y recursos económicos a aquellas personas que valoren y aprecien la ayuda, que participen y colaboren como contraprestación a la asistencia.

albergue son aquellos riesgos asociados a la vida en la calle (frío, robos, agresiones, falta de higiene, falta de comida, etc) más que el riesgo de la infección por el SARS-CoV 2. De la misma manera aquellos que se niegan a acudir al albergue no lo hacen para exponerse al virus, sino para evitar aquellos riesgos asociados a la vida en los albergues (robos, control, disciplina, comida de mala calidad, falta de libertad, abstinencia, masificación, peleas, mal ambiente, etc). Esta lectura de la elección se ve reforzada por los datos de la gente que acudió y se quedó en estos albergues: prácticamente la mitad de las personas atendidas en los dispositivos desplegados para evitar el contagio de SARS-CoV 2 no dormía en la calle previamente, así como un 20 % no había dormido en Barcelona el día anterior. Estas personas que acudieron y se quedaron en los dispositivos temían más vivir en la calle, con todos los riesgos que esto comporta, que infectarse. Y aquellos que acumulan años de vida en la calle prefirieron continuar en ella, ya que de las 1077 personas contabilizadas por el Ayuntamiento en febrero del 2020, 982 seguían durmiendo al raso durante el mes de octubre del mismo año. Estas cifras, junto con las narrativas de los entrevistados así como por aquellas personas que trabajan con la gente sin hogar, permite descartar al SARS-CoV 2 como el riesgo principal a evitar por las personas en situación de calle, ya que son los riesgos que se generan en un contexto transformado por la pandemia y por las medidas adoptadas para atajarla la principal causa de preocupación de estas personas.

En este punto podemos diferenciar, a grandes rasgos, dos maneras distintas de aceptabilidad del riesgo: a) las personas que se encuentran en una situación reciente de sinhogarismo prefieren dormir en este macroalbergue antes que verse en la calle, el cual es percibido como un mayor peligro que la enfermedad en sí; b) las personas que viven una situación larga de sinhogarismo, y que conocen la calle, aceptan el riesgo de contraer el COVID-19 antes que perder sus bultos, sus mascotas y la libertad que tienen para moverse por la ciudad. Estas dos posturas se pueden ligar a rasgos generales con dos arquetipos de pobres que han estado presentes desde los inicios de la industrialización en Europa: por un lado encontramos a los ancianos, familias sin ingresos y trabajadores que se encuentran en una situación de desempleo, a los cuales Castel define como *precarizados*, y que están dispuestos a seguir las indicaciones de los trabajadores sociales con el fin de reinsertarse en la sociedad mediante el trabajo, estas personas constituyen el paradigma del buen pobre, ya que su situación se considera legítima al ser fruto de la involuntariedad (Cabrera, 1998: 22). Por otro lado encontramos a aquellos que han sido definidos como menesterosos, holgazanes, ociosos o pobres ilegítimos, es decir, aquellos que aún pudiendo trabajar no tienen ninguna intención de hacerlo. Estos son considerados ilegítimos para recibir asistencia, ya que su situación de pobreza está atravesada por la transgresión del orden social, donde el trabajo supone el

principal canal de inscripción en las estructuras sociales dadoras de sentido, por lo tanto conforman la categoría de los *excluidos* (Castel, 1997: 421). De esta manera surgen dos definiciones de pobreza (legítima / ilegítima) como una categoría moral más que una categoría económica. En el trabajo de campo he podido comprobar como muchos de los llamados *excluidos* rehúsan acudir a determinados centros por el carácter correctivo de los mismos, en los que se intenta transformar sus estilos de vida y sus hábitos de consumo, haciendo de la corrección moral el primer escalón para salir de la pobreza.

El riesgo de la alimentación

Desde las instituciones y algunas asociaciones se remarcó que las personas sin hogar podrían encontrar dificultades para alimentarse durante el confinamiento más estricto, de hecho, la cuestión de la alimentación, muchas veces desapercibida para aquellas personas que ejercen un control sobre ella, supone un aspecto estructural de la cotidianeidad de las personas sin hogar. Cada persona planifica un itinerario diario con el fin de asegurarse la comida, es común que desayunen en un sitio, coman en otro y cenén en otro distinto. Estos itinerarios se cartografían sobre la red de recursos sociales públicos y privados de la ciudad, la cual se complementa con los alimentos suministrados por sitios particulares como bares o restaurantes, dicha inclusión en un itinerario es fruto de la experiencia personal y de las relaciones de “vecindad” que despliega cada individuo. Este circuito asistencial es utilizado también por aquellas personas que han conseguido un techo, ya sea en un albergue o en otro tipo de vivienda insegura, así como por personas que teniendo una vivienda no pueden cubrir todas sus necesidades. La calidad de los alimentos es un tema que surgió con frecuencia durante el trabajo de campo y que se ha revelado con una fuente de percepción de riesgo, muchos critican la insipidez de los alimentos que ofrecen los caterings que gestionan algunos comedores, los cuales según explica uno de los entrevistados en relación al sabor “...*te dan un cacharro que parece lentejas, y tu - onomatopeyas de chupeteo -y no sabe a lentejas ni sabe a nada, te lo comes cuando tienes hambre, mucha hambre...*”. También es frecuente que los alimentos, aunque sean sabrosos, tras un día llevándolos en una bolsa acaben fríos en el momento que son consumidos, un hombre alega que en invierno la comida se enfría y se endurece debido a la temperatura exterior, lo cual, sumado al hecho de no poder comer en una mesa hacen de estas comidas una experiencia desagradable. Uno de los informantes manifiesta que prefiere pedir comida en los establecimientos antes que ir a los comedores, ya que tras comer en uno de ellos experimentó una distensión abdominal⁹, motivo por el que no acude. Otra persona directamente desconfía de cualquier alimento que no compre o prepare

⁹ Esto puede deberse a una reacción celíaca o a otra intolerancia de la persona más que a la salubridad del alimento.

él mismo, esta desconfianza aparece a partir de un episodio en el que tras aceptar comida de un particular fue ingresado en el hospital, según él intentaron envenenarle: “La gente esta mala, prefiero pasar hambre que comer que me dan, nunca sabes” (Manuel, 40 años, 8 años en la calle).

El hecho de garantizar la alimentación a las personas en situación de calle fue uno de los motivos para abrir el macroalbergue de la Fira de Barcelona. Sin embargo, a raíz de las entrevistas y las conversaciones mantenidas con las personas que no acudieron al macroalbergue, los informantes no manifestaron mayores complicaciones que las previas a la pandemia para conseguir comida, ya que muchas de las asistencias que reciben no se frenaron durante el confinamiento, de hecho nadie manifestó haber pasado hambre durante los meses de cuarentena. Esto se debe a que muchos son conocidos por la gente del barrio, por los vecinos, los cuales les traían alimentos, y también ellos saben dónde pueden encontrar comida, ya sea las monjas de Paral·lel o los voluntarios de Estació de Sants, como ya se ha dicho, cada uno despliega un circuito diferente y acude a sitios de su propia elección.

El riesgo del frío

Mientras que el SARS-CoV 2 no representa una fuente de preocupación excesiva de las personas sin techo, el frío del invierno sí que lo hace. En el mes de enero del 2021 tuvo lugar la borrasca Filomena, la cual conmocionó a buena parte de la ciudad debido a que dos personas que dormían al raso murieron por hipotermia, una de ellas había rechazado acudir al recinto de la Fira de Barcelona abierto en el marco de la Operación Frío, la cual consiste en abrir dispositivos de emergencia cuando las temperaturas bajan de los 0°C. Esta cifra es, para muchos de los entrevistados, ridícula. No sólo porque una mala previsión puede coger a mucha gente en la calle con temperaturas negativas¹⁰, sino porque, tal como manifiestan los informantes, con 10°C aún hace frío, a lo que uno de ellos responde con sorna que en lugar de llamarla Operación Frío debería ser Operación Hipotermia (Gregorio, 49 años, 8 años en la calle). Esta declaración nos traslada nuevamente a los criterios biolegitimistas que utilizan las administraciones para habilitar o clausurar espacios y refugios: lo que se pretende salvaguardar es el cuerpo biológico cuando se encuentra en peligro de muerte por hipotermia, se ignora a la persona cuando el frío no llega a suponer un peligro para su vida,

¹⁰ El caso guipuzcoano del 2014 en el que un fallo de predicción hizo que no se abrieran los dispositivos de emergencia con temperaturas que llegaron a los -3°C durante la noche: <https://www.tiempo.com/ram/141412/el-umbral-de-los-0oc-y-los-sin-techos/>

cuando el frío se cala en el cuerpo pero no compromete la continuidad de lo viviente, es el simple y riguroso frío de castigo ligado a la transgresión del orden social. .

Sin embargo, hubo un sitio en Barcelona donde estas muertes durante la borrasca repercutieron con mayor intensidad. En el Gimnasio Social Sant Pau, un centro autogestionado que ofrece servicio de duchas, ropero, alimentación, mascarillas e incluso se ha convertido en centro de vacunación para personas sin hogar, se empezó a fraguar lo que tres meses más tarde sería el Sindicat de Persones Sense Llar de Barcelona. Esta asociación, a diferencia de otras organizaciones del mismo ámbito, está integrada por personas sin hogar, las cuales transforman sus experiencias en reclamos y buscan, mediante la organización de base, transformarse en un actor político con voz propia en la búsqueda de soluciones. Interpelan no sólo al Ayuntamiento de Barcelona, sino también a la Generalitat de Catalunya para constituir una mesa de diálogo de la que surja una actuación conjunta y efectiva para abordar la problemática actual, que según el Sindicato no hará otra cosa que agudizarse a raíz de la crisis económica provocada por la pandemia. Este sindicato representa hasta qué punto unos determinados riesgos son percibidos por grupos sociales concretos y son transformados en reivindicaciones en el ámbito político.

La construcción social de un riesgo no tan igualitario

Si aplicamos una perspectiva postestructuralista a los hechos acaecidos durante la pandemia podemos observar cómo el mundo social ha sido categorizado a través de los discursos elaborados por las instituciones sanitarias: el exterior del hogar ha sido relacionado con el contagio, mientras que el interior se ha asociado con la seguridad, con la protección. Esta identificación del exterior como un espacio de riesgo es construida a partir de un saber experto y la comunicación del mismo, la alta difusión de eslóganes en campañas sanitarias, publicitarias y redes sociales que instaban a la población a quedarse en casa, forma parte de la reproducción de dicho discurso. Las medidas de confinamiento son prácticas y estrategias adoptadas por las instituciones que apuntalan los saberes expertos, construyendo en su conjunto el riesgo del SARS-CoV 2, el cual legitima y habilita el control y la vigilancia de las personas.

Para la gente sinhogar esta distinción entre el espacio exterior y el espacio doméstico resulta cuanto menos confusa, ya que aquellas personas que llevan muchos años en situación de calle viven el espacio público la totalidad del día, por lo que dicha localización del riesgo carece de la distribución espacial donde fijarse, no hay un exterior y un interior diferenciados el uno del otro. La mayoría reconocen el virus como algo real pese que algunos niegan la

existencia de la pandemia como tal, esta negación no es única de este colectivo sino que forma parte de la flexibilidad propia de la modernidad tardía que cuestiona los saberes expertos, aún así, el hecho de estar bien informados sobre la evolución del virus, las incidencias, las terminologías epidemiológicas, las restricciones a la movilidad o la incidencia a través del mundo suponen una fuente de suficiencia para muchos, sobretodo cuando están discutiendo en grupo sobre la pandemia, ya que marcan la distancia entre los ignorantes, los estúpidos, y los que están informados, los que se inscriben en la sociedad compartiendo y reproduciendo la información que los medios de comunicación emiten sobre los riesgos, como dijo un informante: “Claro que existe el virus, no soy estúpido, yo leo los periódicos” (Jesús, 60 años, 14 años en la calle). Aunque, evidentemente, no pueden seguir con especial meticulosidad las recomendaciones sanitarias al no disponer de la base material para ser ciudadanos “responsables”, eso no les desalienta a utilizar el lenguaje experto tan extendido durante este último año: “aquí nosotros no llevamos las mascarillas porque los cinco formamos parte del mismo grupo burbuja” (Valentín, 40 años, 12 años viviendo en el mismo rincón, con su mujer y tres amigos); “Voy a Font Honrada (centro asistencial) que dan la FP2, las azules sólo protegen ¿qué? 20 minutos” (Tomás, 47 años, 6 años en la calle).

Cuando un riesgo se inscribe en una visión del mundo lo hace a partir de patrones culturales, por lo tanto un individuo sólo puede percibir un riesgo cuando se encuentra en una posición específica en un contexto sociocultural particular (Lupton, D., 1999 : 30). Esta máxima de la perspectiva cultural y simbólica de la construcción social del riesgo nos permite vincular el grado de desafiliación, o de inscripción, de un individuo, es decir, la posición que ocupa dentro de un cuerpo social, con la intensidad que experimentará un riesgo determinado. En el caso de muchas personas sin techo la soledad es una característica recurrente, ya sea por la ausencia de familiares como por la falta de comunicación con los mismos durante largos periodos de tiempo, esto desactiva uno de los principales factores, definidos por la psicometría, que conllevan una sobrevaloración de un riesgo, y es que éste le pueda suceder a los seres más queridos o más cercanos. De hecho, gran parte de las campañas de prevención y de sensibilización sobre la transmisión del virus apela a la red familiar de las personas y al riesgo que se expone no ya uno mismo, sino sus padres o sus abuelos. En esta misma línea se ha subrayado la importancia de los abrazos y del contacto físico con los familiares y otros seres queridos, algo que evitar en el presente para disfrutar en el futuro, sin embargo son muchas las personas sin techo que rara vez reciben o dan un abrazo, así como establecen contacto físico afectivo con otras personas. Desde Arrels remarcan que la mayoría de estas personas ya estaban en una situación de aislamiento y de distanciamiento social, por

lo que estas medidas no resultaron novedosas, al igual que el temor a infectarse se desvanecía en la soledad de muchas de estas personas.

La percepción del cuerpo, la salud y la vulnerabilidad

Respecto a la vulnerabilidad que sienten los entrevistados respecto al virus hubo un tipo de afirmación que apareció con frecuencia en las entrevistas, esta consistía en que ellos, es decir, la gente que lleva mucho tiempo en la calle, han desarrollado un sistema inmune superior al del resto de la población. Ellos se sienten dueños de sus actos, explican no sin cierto orgullo que han pasado tuberculosis o que utilizaban pintura para realizar sus tatuajes carcelarios, que sus cuerpos han experimentado mayores peligros y que aún están vivos, no manifiestan una postura nítida respecto al riesgo de contraer el coronavirus, ni de pánico ni de sosiego, sin evitarlo ni buscarlo, confían en la capacidad de sus cuerpos para evitar la infección o sobreponerse a ella si llegara a producirse, con más desidia que inquietud.

Esta actitud indiferente ante un peligro viral, acompañada de una extrema confianza en la fortaleza inmune, se corresponde con la idea del cuerpo de lo que Mary Douglas llamó *culture of isolates*¹¹. Los individuos adscritos a esta cultura son aquellos que han sido relegados a los márgenes de la comunidad y que no ven sus ideas o sus acciones interpeladas y cuestionadas por otros (Douglas, M. 1994: 110). Uno de los informantes se reía de mí por llevar la mascarilla, y no porque fuera un negacionista, sino porque decía que no iba a pasar la gripe y que el año siguiente me iba a morir, que él prefiere pasar la gripe cada año para estar más fuerte y que la mascarilla de lo único que te protege es de la policía (Marcelino, 38 años, 17 años en España, 4 años en la calle). Este tipo de relato es frecuente, no niegan la existencia del SARS-CoV-2 pero sí que cuestionan la eficacia de los medios para prevenir su propagación, ante la imposibilidad de utilizar mascarillas las 24 horas del día asumen que si se contagian podrán superarlo.

Mary Douglas, a su vez, señala que la percepción que un individuo desarrolla sobre un riesgo corre paralela a la percepción que se tiene de la propia salud en su conjunto (Douglas, 1996: 109). Esto es significativo debido a que todas las personas entrevistadas durante el trabajo de campo manifestaron otras dolencias al ser interpeladas sobre la posibilidad de contagiarse, mientras unos enseñaban orgullosos cicatrices de intervenciones quirúrgicas otros escondían

¹¹ Este trabajo de Mary Douglas analiza las distintas estrategias, posturas y narrativas desarrolladas a raíz de la expansión del VIH en Bretaña (Francia). A través de cuatro tipos de culturas ideales resultantes de la posición de cada una en un plano de dos ejes: el primer eje marca el grado de adhesión a un grupo o individualidad; el segundo eje marca la presencia de las estructuras con un alto grado de organización o la ausencia de las mismas. Estas cuatro culturas reproducen cuatro ideas distintas sobre el cuerpo, sobre la vulnerabilidad del mismo y sobre los discursos médicos.

torpemente sarpullidos y diversas enfermedades cutáneas. Muchos explicaban los impedimentos motrices que los incapacitan para realizar actividades físicas sostenidas y que a su vez justificaban las pensiones que cobraban por incapacidad o denunciaban la ausencia de dicha pensión. Al menos tres de los entrevistados tenían heridas recientes fruto de peleas nocturnas. Uno de ellos tenía una llaga en la pierna que le impedía moverse con normalidad y que se negaba a acudir a que se la curaran. Al menos tres habían sido ingresados en un hospital en el último año, uno de ellos llegó a estar en coma durante un mes fruto de diversas puñaladas sufridas en una pelea, otro de ellos explica que estuvo cerca de perder la pierna debido a la gangrena derivada de una pancreatitis aguda causada por el alcoholismo. Este rosario de dolencias, lesiones y experiencias clínicas explica en gran medida como el SARS-CoV 2 no tiene la capacidad de inquietar en exceso a personas que conviven con problemas de salud mucho más acuciantes. Las enfermedades y lesiones descritas se suman al prácticamente nulo control que estas personas ejercen sobre su dieta, su aseo, su refugio o su vestido, situación que refuerza el rechazo ante la prevención de cualquier enfermedad, incluida la COVID-19.

A remolque de la pandemia

Aunque muchas de estas personas sean insensibles al riesgo de contraer la enfermedad, no significa que no hayan sido afectadas por la pandemia, o más bien, por las medidas implantadas para reducir el impacto de la misma. Uno de los entrevistados no pudo viajar a Alemania para renovar su pensión, por lo cual ha perdido el único ingreso que recibía. Otros dos entrevistados que se dedicaban a la venta ambulante de cervezas en los conciertos y discotecas, así como hacían burbujas de jabón en el Paseo Marítimo han perdido también la única fuente de ingresos que recibían basada en el ocio nocturno y en el turismo. El toque de queda en un principio pareció una condición que facilitaría las noches durmiendo al raso, al no tener que estar constantemente alerta, pero en el mes de abril del 2020 fueron asesinadas tres personas sin techo en el distrito de l'Eixample, el asesino se valió de que no habían testigos en las calles para no ser identificado en el acto, el cual fue capturado con posterioridad. Según Arrels estas muertes inquietaron a los usuarios, ya que lo que aparentemente significaría dormir tranquilo se tornó un estado constante de angustia. Cinco de las personas que entrevisté manifiestan que desde que los turistas han desaparecido de la ciudad han sufrido robos con mayor frecuencia, incluso uno llegó a tener una pelea callejera por un rosario que querían robarle:

“Por la noche vienen aquí eh, ladrones. Ahora con el coronavirus roban más, ahora roban comida, todo. Ahora no hay turistas, no tienen qué vender (objetos robados a los turistas). Aquí vienen y roban, roban comida, me han robado ellos, media botella de cerveza, un cartón de vino. Que roben un banco o a otro lado, no, roban a la gente.” (Tomás, 47 años, 6 años en la calle).

El hecho de que los turistas hayan desaparecido de la ciudad ha convertido a las personas sin techo en víctimas potenciales de los delincuentes. Algunos entrevistados explican que les roban zapatillas, mantas, sacos de dormir u otros objetos que no tienen gran valor en el mercado pero que a ellos les suponen una pérdida muy grande. Y es que estas personas, parafraseando a Ulrich Beck, se sitúan a la retaguardia en la distribución de los recursos y, a la vez, a la vanguardia en la distribución de los riesgos.

A raíz de las peticiones de las asociaciones que trabajan en el ámbito del sinhogarismo se ha comenzado a vacunar a la gente sin hogar, esta vacunación se realiza con las vacunas de Janssen, la cual se administra en monodosis, sabiendo que difícilmente aparezcan por el centro de vacunación para recibir una segunda dosis. Este detalle resulta paradigmático de la relación que mantiene la gente sin hogar con el virus, incluso en este aspecto es diferencial, como lo ha sido durante toda la pandemia. Vivir en la calle es una fuente de estrés constante, la cual acaba deteriorando gravemente la salud tanto física como mental de las personas, con una incidencia mucho mayor que la que presenta el COVID-19, pero mientras la segunda es un riesgo natural e involuntario, en la cual los afectados son víctimas y que se soluciona mediante los saberes técnicos, la primera es un fenómeno moral inscrito en la estructura social, cuya solución pasa por la voluntad política y por promover una visión estructural de las causas del mismo.

Conclusiones

La pandemia del COVID-19 se ha configurado como una amenaza global que contiene, en apariencia, un efecto igualador. Es por ello que se han llevado a cabo acciones institucionales con la finalidad de detener la propagación de la enfermedad. Las personas sin hogar no han quedado al margen de estas políticas y se han habilitado centros para que puedan confinarse. Pero estos centros han acabado cobijando a aquellas personas que a raíz de la pandemia se han visto precipitadas a una situación de sinhogarismo, muchos de los cuales han venido desde otros puntos de la geografía, ya que las personas en una situación crónica de sinhogarismo, en su mayoría, no han acudido y han preferido continuar en la calle.

Esta situación se debe a una serie de factores relacionados con la percepción del riesgo que las personas sin hogar han desarrollado ante la posibilidad de enfermarse por el SARS-CoV-2:

a) El riesgo que supone contraer el COVID-19 se ve relegado a un plano secundario ante los riesgos asociados a la situación de pobreza material y exclusión habitacional.

b) La percepción que se tiene de un riesgo va ligada directamente con el estado de salud personal, el cual se encuentra muy deteriorado entre las personas sin hogar, lo que comporta una subestimación de la enfermedad.

c) Acudir a un macroalbergue como el de Fira de Barcelona supone una pérdida de aquellos objetos y bultos que las personas sin hogar han acumulado y que, una vez fuera, deberán volver a conseguir. Tampoco se les permite acudir con sus mascotas y se les exige que acaten unas normas y unos horarios que suponen una fuente de malestar para personas que valoran su libertad de movimiento y la capacidad de establecer sus propios horarios. La prohibición de consumir alcohol dentro de estos albergues comporta que muchas personas deban escoger entre un sitio donde resguardarse y la abstinencia que comporta dejar de beber. Así como pueden verse rodeados de gente con la que no quieren estar y donde es común que se produzcan robos, mal ambiente y agresiones. Es por ello que fruto del control y de la masificación de estos albergues muchas personas se decantan por la tranquilidad y la privacidad que encuentran en otros sitios de la ciudad.

d) Las recomendaciones de las autoridades sanitarias así como las campañas de prevención y de sensibilización ante la pandemia se han caracterizado por dos elementos centrales que a las personas sin hogar les resultan, cuanto menos, ajenos: la identificación del hogar y del ámbito doméstico como un sitio seguro; y el temor ante la posibilidad de contagiar a los familiares y a las personas más cercanas. De la misma manera hay otros elementos que pueden parecer excepcionales pero que para ellos son cotidianos: el aislamiento y la distancia social.

No obstante, las medidas adoptadas para atajar la pandemia han afectado directamente a las personas en situación de calle. Han experimentado un mayor número de agresiones y robos debido a que ante la ausencia de turistas se han convertido en víctimas predilectas de los delincuentes ante la falta de personas que pudiesen intervenir o denunciar los hechos a raíz del toque de queda. Aquellos que obtenían ingresos del turismo o del ocio nocturno lo han

perdido, agravando su ya maltrecha economía. Por lo cual, en el caso de las personas que duermen al raso, se puede afirmar que ha sido peor el remedio que la enfermedad.

Las categorías morales en torno a la pobreza continúan operando en la organización y la distribución de los recursos que componen la asistencia social, diferenciando entre aquellos pobres por causas involuntarias o legítimos y aquellos otros que se ven excluidos de algunos centros debido a sus estilos de vida, los cuales conforman la categoría de pobres ilegítimos. Esta intransigencia, así como los pocos recursos desplegados en forma de viviendas individuales, de baja exigencia y de larga duración destinadas a las personas sin techo son la garantía para que muchos prefieran continuar afrontando los riesgos de la calle, incluso en tiempos de pandemia.

Bibliografía

BECK, U. (1998). *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós Básica.

CABRERA, P. (1998) *Huéspedes del aire: Sociología de las personas sin hogar en Madrid*. Madrid: Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas.

CARDONA, A.; DARIO, O. (2001). “La necesidad de repensar de manera holística los conceptos de vulnerabilidad y riesgo: Una crítica y una revisión necesaria para la gestión” disponible en:
<https://www.desenredando.org/public/articulos/2001/repvuln/RepensarVulnerabilidadyRiesgo-1.0.0.pdf>

CASTEL, R. (1997) *Las Metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*. Barcelona: Paidós.

DECLERCK, P. (2006) *Los naufragos*. Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.

DOUGLAS, M. (1994). *Risk and Blame: Essays in Cultural Theory*. Londres: Routledge.

DOUGLAS, M. (1996) *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Barcelona: Paidós Studio.

FASSIN, D. (2005). “Entre las políticas de lo viviente y las políticas de la vida. Hacia una antropología de la salud”. *Revista Colombiana de Antropología*, 40, 283–318.

GARCÍA ACOSTA, V. (2005). “El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos”. *Desacatos*, (19), 11-24.

LUPTON, D. (1999). *Risk*. Londres: Routledge.

OTEGUI PASCUAL, R. (2000) “Factores socioculturales del dolor y el sufrimiento” En: COMELLES, J.M.; PERDIGUERO, E. (eds.) *Medicina y cultura: Estudios entre la antropología y la medicina*. Barcelona: Edicions Bellaterra. p. 227-248

Anexo I: ETHOS



TIPOLOGÍA EUROPEA DE SIN HOGAR Y EXCLUSIÓN RESIDENCIAL

A. SIN TECHO (ROOFLESS)

1. Vivir en un espacio público (sin domicilio)
2. Pernoctar en un albergue y/o forzado a pasar el resto del día en un espacio público

B. SIN VIVIENDA (HOUSELESS)

3. Estancia en centros de servicios o refugios (hostales para sin techo que permiten diferentes modelos de estancia)
4. Vivir en refugios para mujeres
5. Vivir en alojamientos temporales reservados a los inmigrantes y a los demandantes de asilo
6. Vivir en instituciones: prisiones, centros de atención sanitaria, hospitales sin tener donde ir, etc.)
7. Vivir en alojamientos de apoyo (sin contrato de arrendamiento)

C. VIVIENDA INSEGURA (INSECURE HOUSING)

8. Vivir en una vivienda sin título legal (vivir temporalmente con familiares o amigos de forma involuntaria, vivir en una vivienda sin contrato de arrendamiento –se excluyen los ocupas-, etc.)
9. Notificación legal de abandono de la vivienda
10. Vivir bajo la amenaza de violencia por parte de la familia o de la pareja

D. VIVIENDA INADECUADA

11. Vivir en una estructura temporal o chabola
12. Vivir en una vivienda no apropiada según la legislación estatal
13. Vivir en una vivienda masificada